

de Don Alonso á una cámara en la que no habia mas luz que la que desprendiéndose de los balcones de las azoteas de la casa de Don Pedro, penetraba allí tambien por los balcones.

Con esta incierta claridad, percibió Doña Catalina un sitial, y se arrojó en él triste y desalentada.

Desde aquella cámara podian al través de las cortinas de la casa de Mejía, verse las sombras de los que habia en la sala; pero aquellas sombras parecian corresponder á cuerpos inanimados, porque no se movian.

Don Alonso no quiso turbar el silencio; temió que una sola palabra hiciera estallar la tormenta; salió dejando un momento á Doña Catalina para subir una luz, y encendió una bujía de cera.

Entonces pudo advertir la profunda emocion que se pintaba en el rostro de la jóven; el tenaz fruncimiento de su entrecejo, el brillo siniestro de sus ojos, sus labios apretados y la palidez de sus mejillas, indicaban mas que el dolor, el odio y la indignacion reconcentrados.

Se escucharon pasos precipitados en el corredor, y Don Pedro de Mejía con el traje en desórden, pálido y jadeante de ira, se presentó delante de Catalina.

—¡Estela!—exclamó llegando á su lado—Estela, ¿por qué me abandonas?

Catalina se levantó severa y sin inmutarse, como una estatua de mármol que se moviera repentinamente; y fria y grave, con un acento sordo pero pausado, dijo arrojando sobre Don Pedro una mirada indefinible, en la que iban mezclados el odio y el desprecio:

—Salid de mi casa, porque sois indigno de éstar aquí.

Y con un ademán soberbiamente imperioso le señaló la puerta.

## VII.

En el que sigue la materia del que le antecede.

UN largo rato trascurrió sin que Don Pedro se moviera, y nadie osaba hablar.

De repente levantó el rostro, sacudió la cabeza y se lanzó á la calle: ninguno pensó en detenerle ni en seguirle.

Doña Catalina, apoyada en el brazo de Don Alonso de Rivera, habia atravesado sombría y silenciosa la calle que una hora antes cruzó llena de orgullo y de ilusiones. El rico panorama que le habia pintado su ambicion, desapareció como por encanto: se encontraba sola, abatida, avergonzada, sin mas apoyo que Don Alonso, y lo que era mas terrible aún para su vanidad, arrojada como una concubina por el arzobispo, de una casa de la que ya se creia señora; teniendo que inclinar su frente delante de la esposa que volvía al hogar con todos los derechos que la ley y la religion le daban, y esta esposa era una negra miserable, cubierta de harapos.

Estas ideas como una tempestad se chocaban y se confundian en el cerebro de Doña Catalina: llegó á su casa y la encontró sola; todos los criados se habian ido á la de Don Pedro, y solo el portero estaba allí para abrirle.

Subió casi á oscuras la escalera, y se entró acompañada

—¡Estela!—exclamó Don Pedro fuera de sí—¡Estela! ¡Soy víctima de un cosa horrible que no comprendo....!

—Salid—repitió Catalina—salid, mal caballero, que me habeis dejado arrojar de vuestra casa como á una vil mancha: salid, ó me obligais á retirarme.

—¡Por Dios, Estela, escuchadme!

—Señor Don Alonso de Rivera—dijo Catalina—¿es tanta mi desgracia que no me queda un criado que ponga en la calle á este miserable?

—¡Oh!—rugió Don Pedro—¡Estela, Estela, esto es demasiado!

—Señor Don Alonso, hacedme, si sois caballero, la gracia de arrojar de mi casa ese hombre; ¿ó tendrá una dama que encerrarse, teniendo en su casa á un hidalgo, para verse libre de los atrevimientos de un villano?

Don Pedro se llevó las manos á los cabellos, dió un grito salvaje y se lanzó á la calle.

Entonces Don Alonso creyó que á él debía acompañar. Don Pedro volvió á su casa; toda la concurrencia se retiraba, y él cruzó entre los caballeros y las damas que salían, sin dirigirles siquiera una mirada.

En uno de los tramos de la escalera y por donde habia mas gente, Don Pedro oyó una voz que le dijo:

—Todo esto se lo debes á Don Alonso de Rivera.

Don Pedro y Don Alonso, que le seguia de cerca, volvieron el rostro para buscar quién habia pronunciado aquellas palabras, pero no pudieron lograrlo; entre aquel grupo bajaba el pobre Lázaro con el vestido de gala que le habia regalado el mayordomo; pero nadie paraba la atención en él.

Mejía llegó al salon; la negra permanecía aún allí en el mismo sitio y en la misma postura.

Don Pedro y Don Alonso se pararon á contemplarla.

De repente Don Alonso se adelantó á ella, le tomó una mano, y volviéndose á Mejía, le dijo con el tono de la mas profunda convicción:

—Aquí hay una trama horrible; esta mujer no es Luisa.

—¿No es Luisa?—exclamó Mejía.

—Podria yo jurarlo.

—Entonces ¿quién es? ¿por qué ha venido aquí? ¿por qué la presenta como mi mujer ese arzobispo que Dios confunda?

—Oculta todo esto un misterio tenebroso; pero tened entendido, Don Pedro, que sois víctima de una cruel maquinacion.

—¿Pero cómo probarlo? ¿cómo encontrar la luz? ¡Me vuelvo loco!

—Valor, Don Pedro, lucharemos; aun no se ha perdido todo.

—¿Y Estela? Estela, que me desprecia, que me odia, que me ha lanzado á la calle como un villano!

—Dejad que pase su indignacion; yo trataré de calmarla: fiad en mí.

—¡Oh, gracias, gracias, Don Alonso, sois mi único amigo!

—Pero es fuerza luchar, es fuerza; teneis algun enemigo poderoso, astuto, que os sigue, que os acecha, que espía vuestra vida para heriros en lo mas noble cuando menos lo esperais; recordad el dia de vuestra boda con Luisa.....

—Pero vos, ¿qué pensais? ¿qué me aconsejais para desprenderme de esta horrible negra con quien se quiere encadenar mi existencia?

—¿Recordais—dijo Don Alonso como herido por la luz de una idea repentina—recordais quién preparó el castigo de Luisa?

—Sí; Don José de Abalabide.

—¿Que vive?

—Sí que vive.

—Pues bien, es necesario ver si por medio de su ciencia, podemos probar que esta mujer es negra de nacimiento y que no puede ser la misma Luisa.

—Sí, sí, me salvais, amigo mio, me salvais.

—Entonces, poned un correo ahora, en este instante, á Don Carlos de Arellano.

—Debe estar en México, yo mismo voy á verle: encerrad vos entretanto á esta mujer en donde nadie la vea, y disponed que álguien vaya á acompañar á Estela, que debe estar sola.

Y Don Pedro tomó precipitadamente una capa y su sombrero, se ciñó una espada y se salió á la calle.

Don Alonso se puso de pié delante de la negra y comenzó á examinarla detenidamente.

Detrás de Don Pedro salió otra persona; era un hombre embozado hasta los ojos: como todo era desórden en aquella noche, los criados no hicieron caso de él.

Don Pedro tomó el rumbo de la casa de Arellano, y el hombre misterioso tan luego como oyó que se perdía el eco de sus pasos á lo lejos, atravesó la calle y se entró en la casa de Doña Catalina.

El embozado pasó sin que el portero le dijese nada; tales cosas acontecian aquella noche, que los criados no sabian qué hacer.

Subió la escalera; la casa estaba sola, y Doña Catalina permanecia en su sitial como la habia dejado Don Alonso.

Al ruido de los pasos alzó el rostro creyendo encontrar á Don Alonso; pero vió delante de sí un hombre en la fuerza de la edad viril, elegante y buen mozo.

—Señora—dijo el hombre—perdonad si me atrevo á

presentarme á vos sin ser anunciado; pero vuestra casa está sola, enteramente sola.

—¿Quién sois? ¿qué quereis? ¿á quién buscais?—preguntó con cierto espanto Doña Catalina.

—¿Quién soy, señora? Ya lo sabreis mas adelante, que no me es posible decíroslo en este momento: ¿qué quiero y á qué vengo? No quiero nada, y vengo solo á deciros que os salvéis, y ofreceros mi brazo y mi amparo.

—¿Que me salve? ¿y de qué? ¿qué peligro me amenaza?

—Grande, señora; sabeis que vuestra madre ha sido presa, y esto puede traer grandes riesgos.

—Pero mi madre es inocente; esto debe ser una equivocación y yo nada tengo que temer.

El hombre miró fijamente á Catalina, y habia en aquella mirada tanta penetración, que ella bajó los ojos y se puso encendida.

—Y bien, ¿qué pretendéis?—dijo Catalina.

—Señora, hablemos claro—dijo el hombre;—comienzo por deciros, y perdonad la franqueza que las circunstancias disculpan, que yo os conozco mejor de lo que podeis suponer.

—¿Caballero, no comprendo! ¿quién os autoriza.....

—Señora, el deseo de haceros un servicio es lo que me autoriza, y muy pronto os convenceré de cómo teneis que agradecerme: en cuanto á que no me comprendéis, voy á explicarme, y de prisa, porque el tiempo urge.

—Hablad.—dijo Catalina fascinada por la imperturbable calma de aquel hombre.

—Pues señora, no soy yo el único que sabe que ni sois marquesa, ni venís de Filipinas, ni vuestro nombre es Estela, ni sois viuda, ni nada de eso que hicisteis creer á Don Pedro de Mejía.

—¿Caballero!—exclamó Catalina levantándose.

—Sentaos, señora, y escuchadme, porque el tiempo vuela; hay otros que como yo, saben que os llamais Doña Catalina de Armijo, como vuestra madre, que habeis engañado á Mejía, y que merced á este engaño, se ha unido hoy con vos.

Catalina sin replicar inclinó el rostro avergonzada.

—Hay, señora—continuó el hombre—intereses opuestos á los vuestros; los parientes de Mejía, los que creían heredarlo si permanecía viudo, no pueden ver con serenidad una boda que les arrebatara sus esperanzas: he aquí vuestros enemigos, hé aquí los que seguramente han preparado las escenas de esta noche; pero la ceremonia estaba terminada, y á pesar de la aparición de esa negra, vos sois esposa de Don Pedro, y por consiguiente un obstáculo que es preciso quitar de en medio: la prision de vuestra madre os deja aislada en el mundo y expuesta á las acechanzas de esos enemigos; quizá en este momento revelen á Don Pedro todo el secreto de vuestra vida; quizá en este momento pidan un orden para prenderos ú os denuncian en la Inquisicion.

—¡Dios mio!—exclamó Catalina, que comenzaba á perder su valor y su serenidad.

—Sí, señora; solo Dios sabe lo que en estos momentos se trama contra vos, lo que os amenaza.

—¿Pero qué debo hacer, caballero? Soy sola, sola en el mundo; vos que conoceis el peligro, decidme el modo de conjurarlo.

—A eso he venido, á ofreceros mi apoyo y mi proteccion.

—Pero si no os conozco, si ignoro hasta vuestro nombre, si quereis permanecer incógnito á mis ojos, ¿podré fiarme de vos?

—Fiaos, señora, fiaos, y yo os salvaré.

—¿Y sin conoceros, y sin saber quién sois?

—Señora, el hombre que se ahoga no ve quién le tien-  
die el remo salvador.

—Caballero.....disponed.....fio en vos.

—No os pesará, señora; que no tengo contra vos, os lo juro, la menor intencion dañada, y sí el deseo de haceros bien.

—Gracias.....

—En primer lugar, es preciso que ahora mismo os dispon-  
gais á seguirme.

—¿Pero adónde?

—A una casa en donde estareis con toda seguridad y ocul-  
ta por algun tiempo de vuestros enemigos.....

—¿Pero huir así, como un criminal?.....

—Si vuestro corazon os aconseja que os fieis de mí, se-  
guidme, señora, ó tal vez dentro de un momento estén aquí  
vuestros ocultos enemigos con una orden de prision.

—Pero ¿y mi madre? Si llega á salir.....

—¡Ojalá y saliera en libertad! pero no lo espereis, y en to-  
do caso, yo velaré sobre ella.

Catalina sin poder resolverse, inclinó la cabeza como para  
reflexionar.

—Señora, dejad ese trage blanco; tomad un manto y se-  
guidme, no os arrepentireis.

Catalina se levantó violentamente, y encendiendo otra bu-  
jía se entró á su cámara.

Poco despues salió envuelta en un manto negro y vesti-  
da de luto; bajo los pliegues de aquel manto podia adivinar-  
se que la jóven llevaba una caja pesada.

—Estoy pronta.

—Vamos, apagad esas luces y cerrad; nos llevaremos las  
llaves, y poco á poco y con misterio, haré conducir á vues-  
tra nueva habitacion cuanto hay aquí.

—¿Pero con qué nombre debo conoceros?

—Decidme simplemente Lázaro el pobre.

—Extraño nombre!

—Es, señora, una promesa religiosa.

Y cerrando todas las puertas, salieron los dos á la calle, procurando cubrirse perfectamente los rostros.

## VIII.

## Donde se da razon de Don Leonel y de su padre.

**N**ECESARIAMENTE los descubrimientos hechos por el virey y el visitador, merced á la activa policía de Don Baltasar de Salmeron, en nada dulcificaron la suerte de Don Leonel y de su padre.

Encerrados en un cuarto de la cárcel, veian pasar los dias, Don Nuño renegando y desesperado, y melancólico y resignado Don Leonel.

El hijo suponía la causa de su prision, pero ni él ni su padre comprendian la detencion de este, y por eso es que Don Nuño estaba cada vez mas impaciente.

Solo uno de los carceleros se habia dolido de su situacion y les daba de cuando en cuando algunas noticias que podia adquirir, por supuesto vagas, incoherentes, que sumian mas en dudas y en conjeturas á los dos presos, á quienes no se habia tomado ni una declaracion.

Un dia Pablo, que así se llamaba, entró mas temprano que de costumbre y dijo á Leonel:

—Señor, he averiguado hoy muchas cosas de su señoría, en la Audiencia.

—Dime, dime.